

esmalte... — Y la impresión aún dura. — Desde la blanca *Symphonie* de Gautier, bálsamo indisipable, para la fantasía!, creo que poeta alguno ha acertado á convertir tan prodigiosamente en imágenes el poder sugestivo de un color. Henri Mariot osó dar un *pendant* á la misma *Symphonie* del maestro con las *Variaciones azules*; pero ni en la sonrisa de sus cielos, ni en la inocencia de sus flores, ni en la transparencia de sus aguas, hay para mí la condensación de poesía que en esta cenicienta marina tropical. Poesía que nace, como la mariposa de la larva, del color del tedio. Las playas áridas, el plomo de la ola desvaída, la niebla, el humo del carbón, la espuma sucia de las dársenas, todo eso que en la realidad se llama hastío, se llama, en la contemplación del trasunto, singularísimo deleite; y — triunfantes paradojas del arte! — el iris resulta vencido por la bruma...

Equiparo á mi impresión de la *Sinfonía* la de un alegórico cuadro de *Año Nuevo* que ocupa puesto inmediato en la colección. Apenas lo he citado, cuando lo siento reproducirse, radiante, en mi memoria. Y sin embargo, es una composición de Rubén Darío que he oído discutir. La opinión se dividía entre los que la tienen por trivial y los que la consideran encantadora. Está dicho que yo me cuento entre los últimos; pero la verdad es que renunciaría á justificarlo en las formas habituales de la crítica. — Leedla vosotros. — Por mi parte, sigo creyendo lo que afirmé en otra ocasión: ese ingrato pelear con la insuficiencia de la palabra, limitada y rebelde, que hizo que el poeta anhelara trocar el idioma mezquino de los hombres por otro que diese á un tiempo sensación « de suspiros y de risas », que fuese color y fuese música, atormenta, mas inútilmente aún, al espíritu del juez en cosas literarias, al esforzarse por traducir en vocablos ciertas sutiles reconditeces de la impresión, ciertos matices y delicadezas del juicio. — Á las veces, transcribir es una manera de juzgar. — El, para mí, admirable donaire de esa alegoría, es de las cosas que sólo podrían demostrarse por el fácil procedimiento de la transcripción, que considero inoportuno y ocioso cuando se trata de artículos escritos, como éste, para quienes conocen la obra que se juzga.

Bajo el título de *Verlaine*, el poeta ha reunido en la colección dos de sus más singulares composiciones. Ellas me inducen á formular aquí una pregunta que me inquieta, desde que he oído vulgarizarse la comparación entre Rubén Darío y el poeta de *Sagesse*; comparación á que Michel de Kaplan ha adherido con su voto de calidad en uno de los últimos números de *El Mercurio de América*. — ¿Es, verdaderamente, el alma del último gran poeta de la Francia el troquel donde se ha fundido el alma poética de Rubén Darío? — No me parece dudoso que puedan reconocerse en la genialidad de nuestro poeta, muchos de los elementos psíquicos y muchos de los elementos literarios que entran en la composición del complejo legado de Verlaine; pero no creo que pueda verse igualmente reproducido el carácter del conjunto, de uno á otro poeta: esa química virtud del conjunto que engendra el precipitado de la *personalidad*. — Sellan de una manera peculiarísima, á Verlaine, el consorcio de barbarie y de bizantinismo, de infancia y de caducidad, de perversión y de ternura; el alma cándida, á modo de azorada paloma, engarzada en una garra perversa que brota de los sentidos exasperados y del corazón oprimido; la divina inconsciencia, que paradójicamente se calificaría como de un imposible *aeda* refinado ó de un juglar docto en alambicamientos de magias y de amores; todo eso que suele dar á su poesía el aspecto de un cielo límpido, transparente y azul, por donde se arrebatara de súbito una nube formidablemente tempestuosa, para volver muy luego el azul y la serenidad. — Y esa dualidad extrañísima, por la que Verlaine, sin dejar de ser la más refinada de las organizaciones literarias y el símbolo viviente de nuestras contradicciones y nuestras dudas, es, al mismo tiempo, el único de los poetas modernos que merezca el nombre sagrado y religioso de *bardo*, que reclamaba para Shelley el príncipe de los críticos ingleses; esa dualidad no se reproduce, por cierto, en Rubén Darío artista enteramente consciente y dueño de sí, artista por completo responsable de sus empresas, de sus victorias, de sus derrotas, y en cuyo talento — plenamente *civilizado* — no queda, como en el alma de *Lelian*, ninguna tosca reliquia de espontaneidad, ninguna parte primitiva.

El *Responso* sobre la tumba de Verlaine es, á pesar del nombre austero que lleva, una elegía impregnada de una ideal serenidad; llena de gracia y de luz, como los ritos de las exequias clásicas, y sobre la que se difunde el balsámico aroma de los túmulos griegos. — En cuanto al *Canto de la Sangre*, evoca algunas de las cosas trágicas ó conmovedoras que la asociación puede hacer representarse al espíritu frente al encendido jugo de la vida. Cada estrofa lleva su unión sangrienta, y cada mancha de sangre de las que purpuran ese ramillete cosechado entre zarzas, ha sido recogida en la efusión de una herida diferente. Ondeada en el verso la púrpura extendida de las batallas; viértese el vino de fuego de las venas del mártir; florecen las rosas líquidas del sacrificio virginal; y se desborda, como de una fuente impura, la sangre del suicida y el ajusticiado que colora los cuartetos postreros con el rojo sombrío de la hematites. El poeta ha asociado á cada estrofa — usando un procedimiento semejante al de las primeras estancias de *Les Voix* de Verlaine, — el nombre del instrumento adecuado para sugerir musicalmente la idea que se expresa ó la escena que se describe en ella.

Pone término al libro una interesante composición simbólica que se titula *El reino interior*, y que puede relacionarse con las que hemos citado últimamente por alguna reminiscencia del *Crimen amoris* verleniano. — Joven cautiva, el alma del poeta mira pasar, desde su castillo carnal, — avanzando sobre una senda de color de rosa como las que se pintan en las vidas de santos de Fra Doménico, — una procesión de vírgenes, que son las siete Virtudes, y un grupo de mancebos, que son los siete Pecados. Y el Alma, que los sigue desde su soledad, queda pensativa, lo mismo por la satánica hermosura de los Pecados que por la divina gracia de las Virtudes. — Admirable, la originalidad de la ejecución. Hay un hechizo propiamente pre-rafaelista en ese cuadro simbólico. La descripción de la blanca teoría virginal es de una encantadora y femenina gracia. Todo color se rinde en ella místicamente desvanecido. La beatitud de la blancura envuelve al cuadro en una sonrisa ideal. Del choque de las rimas brotan ampos de espuma. Parece que se deshojan

lirios sobre el verso... Y luego, cuando pasan por él los satanes de la tentación, resplandecientes y fascinadores con la nota violenta de sus púrpuras, — se enciende, se ensangrienta admirablemente el fondo del cuadro; diríase que lo azota duramente una pedrería de magnificencia infernal; ascuas y carbunclos lo iluminan; y las rimas que chocan hacen, en vez de la cándida espuma de la escena anterior, relámpagos rojos y siniestros. — Me parece de un efecto supremo la oposición de esos dos cuadros. El verso ópalo hace juego con el verso rubí. Y, en cuanto á la íntima significación del fragmento, creo que lo dicho antes sobre la *naturaleza literaria* de Rubén Darío me excusa de reconocer la propiedad de este admirable símbolo del alma del poeta, igualmente sensible á los halagos de la Virtud y á los halagos del Pecado, cuando uno y otro se revisten del fascinante poder de la apariencia....

La crítica no ha detenido hasta ahora su atención en un aspecto tan interesante de las *Prosas profanas* como el de las cuestiones relacionadas con la técnica de la versificación y de la forma que este libro promueve, y que conducirían á estudiar una de las manifestaciones más positivas y curiosas del talento innovador de Rubén Darío.

No aludo, ciertamente, con ello á originalidades tan poco recomendables como la de la híbrida textura de *El País del Sol*; composición en prosa que lleva intercalada, al mediar y el concluir de cada párrafo, una frase que aconsonanta, á modo de informe verso, con la que le precede. — ¿Quién duda ya de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propios de la prosa como del verso? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa. Rubén Darío, que domina con soberana majestad el ritmo del verso, ha probado que domina, soberanamente también, el ritmo prosaico. Ved la *Canción del oro*, *La Ninfa*, ciertos *Raros* que están hechos en bronce.... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión, uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante

armonía de la prosa con el recurso de la rima, para obtener una hibridación comparable á la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media; porque esta rima *parvenue*, interrumpiendo el curso libre y desembarazado de la elocución prosaica, hace el efecto de un incómodo choque, y porque le acontece al poeta que, por tal medio, ha intentado refundir dos modos diversos de armonía, lo que al enamorado voraz que, presuroso por besar las dos mejillas á un tiempo, no acertó á poner el beso en ninguna.

Al hablar de las novedades técnicas de *Prosas profanas*, me he referido á las que pienso que pueden dejar una huella más ó menos durable en el procedimiento poético, y que consisten principalmente en la preferencia otorgada á los metros que llevan menos nota de clásicos y más generosos en virtualidad musical; la consagración de nuevas formas estróficas, como el monorrímo ternario de dodecasílabos; la frecuencia y la ilimitada libertad con que se interrumpe métricamente la conexión gramatical de la cláusula, deteniéndola aun en palabras de simple relación, y la libre movilidad de la cesura, considerada independientemente de las pausas de sentido; y — como nota *aventurera* de la reforma — las disonancias calculadas, que de improviso interrumpen el orden rítmico de una composición con versos de una inesperada medida, ó simplemente con una línea amorfa de palabras.

La evolución amplísima cumplida en la técnica del verso francés desde que el poeta de las *Orientales* pudo jactarse de haber sustituido en él las plumas del volante por las alas del pájaro, — evolución cuyo sentido se representaría en el paralelismo de dos fuerzas que se apartasen, con impulso creciente, de la regularidad simétrica, para acercarse á la *variedad* y á la *expresión*, — no ha tenido un movimiento equivalente en las formas generosas y flexibles de nuestro idioma. Apenas si Salvador Rueda ha consagrado á estudiar la cuestión revolucionaria del ritmo algunos ensayos sagaces; y es, seguramente, de poetas como él de quienes puede partir, con el ejemplo, la propaganda de la innovación; porque la forma métrica no será nunca la obra del cálculo profano, labrando artificiosos moldes; sino la obra divina del instinto, el resultado de esa misma economía misteriosa é infalible

que ha enseñado á la abeja las ventajas de la forma exagonal para los alvéolos de sus panales.

Toca á los poetas de América ensayar la no bien bosquejada empresa de reforma. Advierto que no significa nada de esto conceder los honores de la seriedad á las aventuras de Gustavo Kahn, por ejemplo, cuyos *Palais nomades* me hacen el efecto de la laboriosa falsificación de un dibujo troglodita; reprocho á Rueda haber coincidido demasiado con la afirmación paradójica de Mallarmé, según la cual sería infundada é inútil la distinción del verso y la prosa, y cualquiera antojadiza aglomeración de palabras tendría derecho á que se le reconociesen las franquicias del metro; no es sin reservas como he aplaudido las audaces tentativas de Jaimes Freyre, que ha sido el radical en el propósito de traer á nuestra poesía americana el influjo del *vers librisme* francés contemporáneo. Pero, realmente convencido de que las innovaciones con que las modernísimas escuelas francesas han aguzado y perfeccionado el sentido de la forma, quedarán entre sus conquistas más duraderas, y de que no se ha afirmado sin sentido profundo que toda concepción particular de la poesía tiene derecho á crear su métrica propia, me encuentro muy dispuesto al estímulo para toda tentativa que se encamine á comunicar nueva flexibilidad y soltura á los viejos huesos de esta poesía castellana, cuyo soporoso estado de espíritu se complementa — como dos achaques de una misma vejez — con una verdadera anquilosis del verso.

No he de extremar la prolijidad, ya impertinente, de este análisis. Queden sin glosas dos sonetos primorosamente cincelados (*Ite missa est, La Dea*; llameante de sensualidad el primero; el último, un hermoso símbolo de estética idealista); una alabanza, muy llena de elegante vivacidad, á unos ojos negros; y una original alegoría en la que se pinta la proyección de las figuras de un ensueño sobre el vacío de una página en blanco y se nos muestra el tardo desfilarse de los camellos que conducen al través del desierto el bagaje de la caravana de la Vida. — Pero al cerrar el libro, algo hallo en la portada que me detiene para pedirme una opinión. — Ha hecho hablar á la crítica el título de *Prosas profanas*,

aplicado á un tomo de versos. La antífrasis aparente del nombre ha disgustado al excelente bibliógrafo americano del *Mercure de France* y le ha parecido de perlas á Remy de Gourmont. Rubén Darío habrá recordado que no es la primera vez que la portada de sus libros se discute. Don Juan Valera tuvo una arruga de su frente de mármol para el nombre de *Azul*, y Enrique Gómez Carrillo halló que no todos los *Raros* eran raros. Y la cuestión no debe parecerle enteramente trivial, si considera que el talento de encontrar títulos buenos es el único que ha querido reconocer Max Nordau á los oficinantes de las nuevas capillas literarias, esos clientes *malgré eux* de su clínica. — En el presente caso, partiendo las voces de censura de los que han entendido la palabra *Prosas* en la acepción que fué preciso enseñarle á Mr. Jourdain, creo que bastará con recordarles que el adjetivo que la sigue revelaba el propósito evidente de aludir á una de las antiguas formas de la poesía eclesiástica. — Indudablemente, la antífrasis subsiste, á pesar de eso; porque nada podría señalarse de más contrario á la índole esencialmente refinada y erudita de la poesía de este libro goloso, que el balbucir informe y cándido de la poesía de las prosas y las secuencias. Pero yo creo que el autor ha contado, muy particularmente, para la invención de su título, con aquella misma interpretación vulgar, y há sonreído al pensamiento de que el público ingenuo se sorprenda de ver aplicado á tan exquisita poesía el humilde nombre de prosa. — ¿Coquetería de poeta? — ¿Ó acaso el pudoroso escrúpulo de la virtud en el sacerdote bueno que, por serlo, tiene la obsesión de su indignidad ante el ara? — De cualquier modo, á mí me gusta la originalidad de ese bautismo, como rasgo voluntarioso y como cortesanía de señor que nos invita á que pasemos adelante con un alarde de espiritualidad. Laudable es que la espuma del ingenio suba hasta el título, que es como si subiera hasta el borde.

..

Mal entenderá á los escritores y á los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los

sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente, al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso adorador. — Por lo demás, está aún más lejos de ser el homenaje arrancado, á un espectador de mala voluntad, por la irresistible imposición de la obra. — No creo ser un adversario de Rubén Darío. — De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo á cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma á la gran reacción que da carácter y sentido á la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; á la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, á disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, á ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea — porque no tiene intensidad para ser nada serio — la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Por eso yo he separado cuidadosamente en otra ocasión, el talento personal de Darío, de las causas á que debemos tan abominable resultado; y le he absuelto, por mi parte, de toda pena, recordando que los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad. — Para los imitadores, dije entonces, ha de ser el castigo, pues es suya la culpa; á los imitadores ha de considerárseles los falsos demócratas del arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar á la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando á las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

Pero la imitación servil é imprudente no es, por cierto, el

influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual; de toda alta producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida. — El poeta viaja ahora, rumbo á España. — Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrevive, — menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano, — la austera sombra de su dolor inmerecido. — Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. — Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...

Montevideo, 1899.

NOTA. — Prontas para ser dadas á la publicidad estas páginas, mis amigos de Buenos Aires, y entre ellos los que han formado el círculo íntimo de Rubén Darío, me sugieren el pensamiento de terminar el estudio de la personalidad del poeta con el análisis de *Los Raros* y de *Azul*. Téngase, pues, lo leído, como la primera parte de un estudio más amplio, que acaso ha de completarse en breve.



Palabras Liminares

Después de Azul... después de Los Raros, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea, — todo bella cosecha — solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno : un manifiesto.

Ni fructuoso ni oportuno :

a) *Por la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de Celui-qui-ne-comprend-pas. Celui-qui-ne-comprend-pas es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouer;*

b) *Porque la obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte á que se consagran;*

c) *Porque proclamando como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo ó de un código, implicaría una contradicción.*

Yo no tengo literatura "mía", — como lo ha manifestado una magistral autoridad, — para marcar el rumbo